La estructura dramática de «La industria y la suerte»

Serafín González

Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa

Creo que es conveniente revisar una vez más *La industria y la suerte,* que es una de las piezas dramáticas de Juan Ruiz de Alarcón a las que la crítica en términos generales le ha asignado una fecha temprana de composición dentro de la producción del dramaturgo. La comedia se ocupa en principio de la relación especialmente conflictiva que se produce con la colisión entre los valores tradicionales de la nobleza y las convenciones de una sociedad regida por un fuerte pragmatismo. Esta cuestión se expresa a través de la confrontación que se recrea entre don Juan y Arnesto. Parece evocarse con ello el trasfondo histórico que se dio durante el reinado de Felipe III, cuando entran en crisis los ideales heroicos que en el siglo anterior habían llevado al ascenso de la monarquía española y empiezan a ocupar el primer plano una serie de intereses de carácter material. Una visión estrecha de las cosas parece dejar de lado la grandeza de un pasado heroico.

La trama de la comedia establece una dinámica con la que intenta ponerse de relieve los modos de comportamiento con los que cada una de las partes en conflicto procuran alcanzar sus objetivos. Mientras lo que don Juan busca es la afirmación de sí mismo y la defensa de sus convicciones, Arnesto sigue una línea de conducta que lo lleva de una actitud engañosamente persuasiva a un comportamiento impositivo.

En esta comedia los valores de la nobleza son fuertemente cuestionados y descalificados cuando se confrontan con una visión pragmática del mundo que se yergue con fuerza frente a ellos. Esto deriva en la creación de una clase de

protagonista cuya actitud es más de ofrecer resistencia que de tomar la iniciativa. Frente a él, envuelto en un activismo irreflexivo, se introduce la figura de Arnesto, el comerciante.

Resulta interesante analizar la estructura de la trama de la comedia para ver el papel que los personajes juegan dentro de la misma; hay que destacar además la dinámica que hace posible que se generen una serie de expectativas dramáticas que son las que establecen cierta incertidumbre en cada una de las situaciones planteadas. Esto implica captar a los personajes dentro de un proceso, pues la trayectoria que siguen de principio a fin los define sustancialmente.

La trama se organiza, como ya lo ha señalado la crítica, con el propósito de poner énfasis desde el primer momento en el triángulo amoroso en el que don Juan y Arnesto compiten por el amor de doña Blanca. No deja de prestarse atención, por otra parte, al otro triángulo amoroso, que también se va a desarrollar en la comedia, en el que doña Blanca y doña Sol contienden para conseguir el amor de don Juan, si bien es cierto que esta confrontación no tiene en general el mismo peso dramático que la primera.[1] Hay que anotar, también, que en la conclusión de la comedia, cobra importancia la equivalencia dinámica que se constituye teniendo como términos de la misma a Arnesto y doña Sol. Resulta sugerente el juego de relaciones que enriquecen una trama que es en principio tan sencilla y sin complicaciones.

Desde la primera jornada, se insiste en las diferencias existentes entre don Juan de Luna, hombre de noble linaje, auténtico en su forma de ser, de fuertes convicciones, pero pobre, y Arnesto, que es un comerciante rico, poderoso e intrigante, que carece de nobleza no sólo en cuanto al linaje, sino también en cuanto a sus actitudes personales. Se contrastan los caracteres opuestos de los dos rivales y junto con ello las distintas posiciones que ocupan en la sociedad en la que se desenvuelven. Significativamente, el lugar donde ocurre la acción es en la Sevilla contemporánea de Alarcón[2], ciudad comercial en la que todo lo mueve el dinero.

[1] Lo que aquí menciono corresponde a la trama y a la subtrama de la comedia. Difiero en esto de la propuesta analítica de Ellen Claydon [1970: 127-140], que considera que la trama secundaria está constituida por el triángulo amoroso en el que don Juan rivaliza con don Nuño por el amor de doña Sol; en este caso, resulta difícil hablar de competencia amorosa, en virtud de que una de las partes en conflicto, don Juan, no está interesado en obtener el objeto que supuestamente está en disputa. La confrontación, en cambio, entre doña Blanca y doña Sol recrea con gran fuerza dramática los elementos que forman un triángulo amoroso y constituye la subtrama de *La industria y la suerte*. .

[2] Refiriéndose a esta ciudad, Willard F. King explica la visión que el dramaturgo transmite de la misma en *La industria y la* suerte: «La Sevilla cuya imagen dibuja él con inolvidable precisión es la ciudad comercial donde el poder y el prestigio no van con el saber ni con la nobleza de sangre, sino con la riqueza creada por el tráfico mercantil...» [1989:139].

Arnesto encarna en principio las íntimas contradicciones que la clase de la burguesía tuvo en España; por una parte, la fuerza de su posición social proviene del dinero, pero, por la otra, quiere sumar a su poder, a través de una simulada forma de ser, el inmenso prestigio que otorgan los modelos de comportamiento de la nobleza. Como explica Marcelin Deforneaux: «También el mercader enriquecido se esfuerza por escapar a su condición para ingresar en la clase noble, o por lo menos semejarse a ésta por el género de vida» [1964: 51]. A través de esto se expresa el afán social de formarse una apariencia brillante con la que se pueda impresionar a los demás. Tal es el caso del joven comerciante.

Desde el inicio de la comedia, se insiste en el deseo de Arnesto de deslumbrar a quienes lo rodean sin reparar en los medios utilizados para conseguirlo. Su proyecto estriba en construirse a sí mismo una identidad social atractiva para poder llamar la atención de la mujer a la que ama. Pretende de esta manera conseguir que lo favorezca en sus intenciones amorosas.

Después de la escena inicial, que se centra en el encuentro de doña Blanca con sus enamorados, Arnesto crea la expectativa de que quiere retar a duelo a don Juan. Pero lo que hace, cuando se encuentra frente a frente con él, es solamente intercambiar algunas palabras y rehuir la posible confrontación; mientras que, por su parte, el joven noble se muestra ante él totalmente dispuesto a batirse en duelo. La actitud simuladora y pusilánime del joven comerciante se refuerza cuando ve acercarse a don Beltrán, el padre de doña Blanca; empuña entonces la espada y finge bravura y disposición para enfrentarse con su contrincante.[3] Su fingimiento, irónicamente, sale sobrando, ya que no es esto que a él le preocupa lo que lo hace valer a los ojos del padre de la dama, que sabe muy bien quién es quién.[4]

Aunque don Beltrán advierte la simulación de Arnesto cuando éste aparenta tener un temple valeroso, eso no le importa en absoluto, lo que para él vale es el poder económico del joven. Nota, por otra parte, la nobleza indiscutible de don Juan, pero la misma no tiene ningún valor para él, pues no va acompañada del dinero. Esto es fundamental, ya que, en este momento, el punto de vista predominante en la

[3] A este respecto Willard F. King apunta: «Arnesto es condenado aquí, pero no por haberse negado a sacar la espada, sino por haberla sacado cuando otros se acercaban, para hacerles creer que ha estado peleando como un león» [1989: 144].

[4] Este primer enredo urdido por Arnesto tiene la función de hacer creer a los demás que él es un hombre valiente, que actúa con nobleza. Su *maraña* no alcanza aquí todavía la complejidad de la que va a idear al final de la jornada I. Como se sabe, el término «maraña» es uno de los que se usaba en la época para hacer referencia a la estrategia dramática del enredo. Al respecto, Miguel Zugasti comenta que «la mayoría de los preceptistas clásicos destacaron la importancia del enredo para el sostenimiento de la trama sirviéndose de voces como *maraña, traza, contexto, nudo, invención, ingenio* y otras afines» [1998: 114].

evaluación de los personajes, así como de las acciones que los distinguen, es el de don Beltrán[5]; él aparece como focalizador y observa lo sucedido desde su particular postura.

La forma en que se presentan las cosas introduce en la comedia la idea de que el joven noble queda prácticamente hecho de lado frente a Arnesto, que aparece como el favorito ante el padre de la dama para casarse con su hija. El mismo don Juan, desconcertado con lo que ocurre, empieza a sentirse en desventaja ante el poder del comerciante y a pensar en la imposibilidad de conseguir lo que anhela. En esta situación inicial se introduce la expectativa de que de alguna manera las cosas ya están decididas en esta competencia amorosa entre los dos jóvenes. Se da cauce, a partir de la desilusión de don Juan, a la expresión de un sentimiento de desengaño.

Pero esta percepción de los hechos va a variar cuando aparezca doña Blanca en escena. Si bien es indiscutible, según se ha visto, que el dinero es un factor de poder en el ámbito de la realidad social, frente a él se levanta la fuerza del amor, que valora la nobleza por encima de lo económico. Esta segunda perspectiva de los acontecimientos se expone a través de la situación dramática en la que se muestra que doña Blanca corresponde al amor de don Juan[6]. Ahora ella funciona como el personaje focalizador y lo que pasa se contempla desde un ángulo opuesto al anterior[7].

En este caso se pone de manifiesto que la ventaja social y económica del comerciante no le sirve de nada en el ánimo de la dama que ni siquiera piensa en él. Aquí el joven hidalgo lleva la delantera y quedan atrás toda clase de determinaciones sociales y externas. Esto, cabe insistir, representa un segundo punto de vista de los acontecimientos en los que participan los personajes. Quedan frente a frente protagonista y antagonista, apoyado el primero por la fuerza del amor y el segundo por el poder del dinero, así como por las convenciones sociales.

---

[5] El padre de la dama es en este caso el personaje focalizador. «La focalización —explica Mieke Bal— es la relación entre la 'visión', el agente que ve, y lo que se ve. Esta relación es un componente de la historia, parte del contenido del texto narrativo...». Acerca del focalizador, dice: «constituye el punto desde el que se contemplan los elementos. Ese punto puede corresponder a un personaje referido a un elemento de la fábula, o fuera de él [...] Un focalizador personaje conlleva *parcialidad* y *limitación*» [1985: 110].

[6] La correspondencia se manifiesta a través de un pequeño enredo creado por la dama; ella quiere responderle a don Juan, pero pretende que ni siquiera el mismo Agüero se entere de que ella va a mandar un mensaje. Es una simulación honesta con la que ella trata de proteger su honra. La fina ironía dramática que aquí se introduce es explicada por Rosa Navarro Durán de la siguiente manera: «Doña Blanca encontrará el papel en el libro y pensará una *traza*; con ella hará ver que es honesta y recatada y no lo será al mismo tiempo» [1993: 65].

[7] Ahora es la dama el personaje focalizador. Es recreada en el momento en que está planeando cómo encontrarse con don Juan. En su ánimo, sólo está presente él, lo que implica que ella lleva a cabo una valoración de los jóvenes opuesta a la perspectiva que ha ofrecido don Beltrán.

Detrás de este planteamiento, se advierte inmediatamente en la concepción de las situaciones dramáticas el funcionamiento de dos sistemas de valoración distintos a través de los cuales se produce el significado de las mismas. Por una parte, un código caballeresco introduce la fuerte presencia de los valores de la nobleza frente a la realidad circundante. Por la otra, un código burgués ubica a los individuos en una sociedad en la que predomina una visión pragmática de la existencia.

La igualdad de fuerzas entre los rivales se rompe inmediatamente. Se desatan, como es sabido, una serie de equívocos que se apoyan en la ignorancia de los enamorados acerca de lo que ocurre y en la malicia de Arnesto que acomoda las cosas a su conveniencia. Después del primer enredo en el que Arnesto hizo creer a algunos personajes que estaba dispuesto a batirse en duelo con don Juan, para mostrarse como un hombre valiente, viene ahora este segundo enredo, de mayor envergadura, con el que logra adueñarse de la situación. Junto a esto, en la situación final de la jornada, se van a advertir las consecuencias de la ineficacia con la que los amantes han intentado establecer contacto entre ellos[8]. La honesta simulación de doña Blanca ante Agüero impide ahora, sin ella quererlo, que don Juan se entere de que desea verlo. La ironía resalta la tradicional honestidad de la dama y la distancia que la misma introduce en la realización de sus planes. Se enfatiza el desconocimiento de la joven de que se enfrenta a una situación imprevista cuando sale al balcón. Esta ignorancia funciona como una ventaja para Arnesto.

El joven comerciante, en la penumbra de la noche, provoca al joven noble y, cuando éste se le enfrenta, huye cobardemente. Como ha usurpado la personalidad de su contrincante, doña Blanca supone que quien rehuyó la confrontación fue don Juan. Mientras el lector o espectador observa la cobardía de uno y la valentía del otro, doña Blanca, engañada, se queda con la idea de que don Juan es un hombre diametralmente opuesto de lo que en verdad es. El amor de doña Blanca entra en grave crisis. Ella reflexiona: «¡Ah, quién te viera, don Juan, / antes muerto que cobarde!» (vs. 963-64). Palabras con las que significativamente concluye la jornada I.

En todo lo ocurrido, se exhibe la engañosa industria del joven comerciante, lo cual lleva a que se le reconozca una cierta agudeza. El enredo sirve, entre otras cosas, para caracterizar al personaje. Ante la ignorancia de los otros, él sí sabe lo que pasa y usa esta comprensión de los acontecimientos a su conveniencia. Al concluir la jornada, en virtud de la forma en la que ha conseguido confundir las cosas, las

[8] El enredo concebido por la dama para ponerse en contacto con don Juan fracasa. Acerca de esto, Rosa Navarro Durán comenta: «Pero su traza no surtirá efecto. Porque el galán no mostrará tanto ingenio como ella» [1993: 65].

apariencias se imponen sobre la realidad de los acontecimientos. Vemos quebrarse el inicial equilibrio de fuerzas existente entre los galanes a favor de Arnesto.

En el comienzo mismo de la jornada II, el joven comerciante procura prolongar su traza. En la conversación que tiene con doña Blanca, busca que su imagen se engrandezca, al mismo tiempo que continúa poniendo todo su empeño en degradar la de su competidor. En la misma dirección, se da la escena en la que doña Blanca le reprocha al joven noble, de forma por demás enigmática, su cobardía. La dama continúa negando con esto la nobleza del personaje, lo que insiste en la crisis existente en la relación entre ellos. Él ignora que la idea que ella tiene de él es merced al equívoco que fue creado por Arnesto, cuando lo suplantó en el balcón. Su punto de vista de lo sucedido difiere pues del de su amada.

Viene posteriormente el punto de inflexión de las trayectorias tanto de Arnesto como de don Juan, a partir de que éste se entrevista con doña Blanca en casa de doña Sol; la aclaración que él lleva a cabo deshace el equívoco que lo demerita ante ella. Resulta significativo que el diálogo entre la pareja es propiciado por don Juan, que se propone resolver el enigma que dejaron planteado las palabras de doña Blanca. La noche del balcón, el que volvió la espalda cobardemente fue Arnesto y quien lo enfrentó fue don Juan. El enredo es descubierto. Los enamorados comparten al fin el mismo punto de vista de los hechos y ambos pasan de la ignorancia al conocimiento[9]. Se derrumban las apariencias. La invención de Arnesto se viene abajo. Su manipulación de los hechos no lo ha llevado a nada ni ha podido conseguir lo que pretendía.

Dentro de esta línea descendente viene después significativamente la escena en la que un grupo de gente trae cargando a Arnesto que se acaba de caer de un caballo. Esta caída simboliza de nuevo la falta de nobleza del joven[10], si bien es cierto, por otra parte, que en el mundo en el que vive eso no importa. Esta ambivalencia desconcierta al joven noble.

[9] Vista la dama como personaje focalizador de los acontecimientos, puede anotarse que deja atrás su visión deficiente de don Juan y obtiene con el conocimiento de lo ocurrido la imagen real del mismo. En esto resulta fundamental la intervención del joven noble.

[10] El tópico de la caída y en especial el de la caída del caballo remite a diversas connotaciones según aparezca en una comedia predominantemente cómica o trágica. Aquí parece apuntar en especial a la falta de dominio del joven comerciante sobre el bruto, lo que pone en evidencia que carece de las cualidades que requiere un caballero, pero también puede verse como una señal de su futuro descenso moral. Valbuena Briones hablando del simbolismo de la caída del caballo explica: «El caballo representa los instintos pasionales que agitan el pensamiento, primordialmente el apetito carnal y el orgullo [...] La caída o la estampida significan la pérdida del gobierno de la pasión. El emblema en conjunto indica un mal agüero, puesto que los instintos van a arrastrar a la destrucción en el caso de la tragedia o a la confusión en el de la comedia» [1977: 90].

Este hecho es enfocado desde el punto de vista de don Juan, quien reflexiona apesadumbrado, con Jimeno, que si él se hubiera caído nadie le habría hecho caso. No siente en la ayuda que recibe Arnesto un signo de generosidad, sino una manifestación de la hipocresía social que se rinde ante el poder del dinero. De aquí el tono de lamentación y desengaño del joven ante la escena que sucede frente a él. Si ha reconquistado un lugar en la consideración de su amada y con ello ha hecho brillar nuevamente ante ella su valor personal y su pundonor, ahora recuerda inevitablemente que el obstáculo social continúa funcionando con toda la fuerza[11].

Hacia el final de la segunda jornada, se descubre a un Arnesto celoso e impaciente en el que se va a revelar un aspecto de su carácter que no había aparecido. Está deseoso de obtener a la dama aún sin la aceptación de ella. Es la primera vez que se habla abiertamente de la posibilidad de forzar a la dama[12]. Su verdadera forma de ser empieza a abrirse paso y la fuerza del deseo hace que piense en la posibilidad de dejar atrás el afán de impresionar y convencer. Esta actitud lo revela definitivamente movido por la lascivia más que por el amor. Arnesto, después de la caída física del caballo, parece ahondarse en su descenso moral.

Lo anterior prepara y prefigura la siguiente situación dramática, que es con la que concluye la jornada II; en ella se representa otra caída del personaje. Arnesto le declara su amor a la dama:

> El alma
> Adivina me dictaba
> Que sola aquí me esperaba
> la gloria que pretendía,
> y en las alas del amor
> os vine volando a ver. (vs. 1955- 60)

Doña Blanca no sólo lo rechaza, sino que aprovecha para darle a entender con burlas e ironías que ya sabe que fue él quien salió corriendo el día del balcón. Arnesto es humillado y advierte que se han esfumado las apariencias que él había

[11] Aquí es importante notar que don Juan se presenta momentáneamente como focalizador. Junto al focalizador externo que contempla los acontecimientos a distancia, sin involucrarse sentimentalmente, se ofrece el focalizador interno que valora emocionalmente lo ocurrido y da una visión particular de lo que ocurre.

[12] Con esta actitud se deja atrás el tipo de consideraciones como la que hace, por ejemplo don García en *La verdad sospechosa*: «¿Qué vitoria es la beldad / alcanzar, por quien me abraso, / si es favor que debo al caso, / y no a vuestra voluntad?» (vs. 445-448). Palabras en las que no se concibe la posibilidad de gozar el favor de la dama sin que en dicho acto participe la voluntad de ella. Lo que se aleja del consentimiento de la otra parte parece poner en evidencia la distancia que media entre el deseo amoroso y el impulso carnal.

creado con respecto a sí mismo y a don Juan. Su pretendida agudeza queda puesta en entredicho, la industria no le ha ayudado a alcanzar el objetivo que perseguía. El comerciante alcanza un perfil especialmente ridículo, pues se ha convertido en el hazmerreír de doña Blanca, a quien él tenía un gran interés de deslumbrar. Lo que ha obtenido, finalmente, es el efecto contrario; en vez de ser objeto de admiración, es objeto de la irrisión de su dama. Puede pensarse que la fuerza con la que doña Blanca lo desenmascara y lo rechaza es suficiente como para detenerlo en su empeño, pero esta expectativa es contrariada. El personaje aún va a urdir un enredo más.

Eric Bentley considera que un buen dramaturgo se reconoce «en su modo de emplear, no el acelerador, sino el freno» [1964: 39]. Dice esto refiriéndose al momento en el que se da la caída de un personaje. Asegura que «el efecto de un hombre que cae, no a plomo desde lo alto de una pared, sino resbalándose centímetro a centímetro por una roca escarpada» [1964: 39] posee una fuerza dramática enorme. Esto es lo que ocurre con Arnesto. Su caída no se cumple de golpe con la humillación que sufre a manos de doña Blanca, sino que va a darse paso a paso en el transcurso de la jornada III. En el inicio de la misma, se evidencia que su intento de conseguir a la joven tratando de impresionarla se ha trocado definitivamente en el deseo de poseerla a cualquier precio, aunque sea contra la voluntad de ella misma. Esto marca a todas luces un retroceso en la ya de por sí dudosa calidad moral del personaje, que pasa, por decirlo así, de una actitud engañosamente persuasiva a una actitud abiertamente impositiva.

Con respecto a don Juan, ya se había señalado cómo desde el inicio mismo de la comedia interviene en dos acciones. En una de ellas él es el sujeto que planea acercarse a doña Blanca, que es la mujer a la que ama. En la otra acción él es recreado fundamentalmente como el objeto del amor de doña Sol. En la primera él compite con Arnesto, en la segunda doña Sol contiende con doña Blanca. En términos generales se ha visto que el joven noble intenta concluir una relación amorosa e iniciar otra. Se aleja de una dama y se acerca a otra.

En el transcurso de las dos primeras jornadas, las dos tramas de las que se ocupa la comedia se van desarrollando alternativamente. La acción en la que se desenvuelve el triángulo amoroso, en el que don Juan y Arnesto compiten por el amor de doña Blanca, abarca la mayor parte del espacio dramático. La trama secundaria, que trata de doña Sol, que no está dispuesta a perder a don Juan y que por tanto le disputa a doña Blanca el amor del galán, se mantiene con las muy breves incursiones que se le conceden a las damas en un plano menor. Pero a partir de la jornada III, esta trama no sólo empieza a tener un mayor peso dramático, sino que pasa a ocupar

incluso el primer plano. Esto ocurre en virtud de que la intervención de doña Sol va a adquirir una importancia inusitada.

Esto resulta relevante si advertimos que ella, al igual que Arnesto, funciona como el obstáculo que se interpone al cumplimiento de la relación amorosa entre don Juan y doña Blanca. Ella está dispuesta a forzar los hechos para conseguir a don Juan, así como Arnesto, a su vez, desea imponérsele a doña Blanca. La historia amorosa se percibe, entonces, en gran medida, desde esta perspectiva, que intenta poner en evidencia el comportamiento engañoso e intolerante de dos personajes que están dispuestos a pasar por encima de los demás. Es, pues, el encuentro de estos dos personajes y la similitud de sus conductas lo que marca fundamentalmente el desarrollo de la trama en la jornada III. Ambos se conducen llevados por una serie de conjeturas que los ubican fuera de la realidad y que contrastan con la firmeza y la seguridad que los impulsan en pos de sus objetivos.

Da la impresión, de acuerdo con la forma en la que se estructuran los acontecimientos, que, si en las dos primeras jornadas la estrategia dramática tiene como punto central la colisión que se produce entre los valores tradicionales de la nobleza y los valores pragmáticos de un mundo burgués, en la jornada final se produce un fuerte golpe de timón y el énfasis recae abruptamente ya nada más en la forma de ser de Arnesto. El contraste que se venía dando entre él y don Juan se desdibuja y surge intempestivamente la figura de doña Sol que casi se adueña del espacio dramático. Del contraste entre dos visiones del mundo opuestas, se pasa a la lucha de dos porfías de carácter meramente personal. Cada uno de ellos sólo se representa a sí mismo y la anagnórisis final evidencia la ridiculez de dos personajes torpes que creían ser lo que no son y que consiguen lo contrario de lo que buscaban.

De las posibles conclusiones a las que se puede llegar a partir de la peculiaridad señalada, se destaca el hecho de que el personaje fuerte de la comedia es Arnesto, el antagonista, que muy pronto, desde el punto de vista dramático, concentra la atención. Si en un principio su función es la de representar uno de los términos de un contraste con el que se pretende desarrollar el juego de tensiones y los altibajos de dos visiones confrontadas, termina siendo dramáticamente el personaje más complejo.

Alarcón parece tener la mirada puesta en las actitudes negativas que se anulan a sí mismas por ser generadoras de objetivos inalcanzables. El fracaso de las mismas no se produce directamente por factores externos, sino por la propia incapacidad de ubicarse en la realidad. Todavía no ha llegado el momento de las respuestas y de recrear con las mismas un héroe dramáticamente fuerte, que se realice a sí mismo a

través del esfuerzo y la determinación, al tiempo que comprende los límites de sus propias acciones.

Bibliografía

Bal, Mieke [1985]: *Teoría de la narrativa (Una introducción a la narratología)*, Cátedra, Madrid.

Bentley, Eric [1964]: *La vida del drama*, Paidós, Buenos Aires.

Claydon, Ellen [1970]: *Juan Ruiz de Alarcón: Baroque Dramatist*, Castalia, Valencia.

Deforneaux, Marcelin [1964]: *La vida cotidiana en España en el Siglo de Oro*, Hachette, Buenos Aires.

King, Willard [1989]: *Juan Ruiz de Alarcón, letrado y dramaturgo. Su mundo mexicano y español*, Colegio de México, México.

Navarro Durán, Rosa [1993]: «Trazas de Juan Ruiz de Alarcón», en Felipe B. Pedraza (ed.), *El redescubrimiento de los clásicos. Actas de las XV Jornadas de teatro clásico, julio de 1992*, Almagro, Universidad de Castilla-La Mancha, Festival de Almagro, pp. 63-75.

Ruiz de Alarcón, Juan [1977]: «La industria y la suerte», en *Obras completas*, ed. Agustín Millares Carlo, FCE, I, México.

— [1980]: *La verdad sospechosa*, ed. Alva V. Ebersole, Cátedra, Madrid.

Valbuena Briones, Ángel [1977]: *Calderón y la comedia nueva*, Espasa-Calpe, Madrid.

Zugasti, Miguel [1998]: «De enredo y teatro: algunas nociones teóricas y su aplicación a la obra de Tirso de Molina», en Felipe B. Pedraza y Rafael González Cañal (eds.), *La comedia de enredo. Actas de las XX Jornadas de teatro clásico*, Universidad de Castilla-La Mancha, Festival de Almagro, pp. 109-141.